

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

Dada la temática que contine el presente número de “Cuenta y Razón” parece lo más oportuno dedicar la presente sección a cuestiones españolas de actualidad.

Procuraremos hacerlo revisando una parte de las publicaciones aparecidas en los últimos tiempos sin eludir aquellas que tienen menos interés objetivo. Procuraremos, en efecto, contraponer aquello que consideramos que tiene mayor calidad objetiva con lo que carece radicalmente de ella pero que ha sido objeto de un género de presentación que parece dotarla de ella.

JAVIER TUSELL

Cuestiones españolas: la divulgación

Si se recorre cualquier elenco de publicaciones españolas que no sean de pura ficción se reconocerá que es siempre muy abundante en ella un tipo de libros que figuran a caballo entre el reportaje histórico y el tratamiento periodístico de actualidad. Por desgracia, sin embargo, la calidad de este tipo de libros resulta muy

a menudo discutible. Esto es lo que le sucede a la colección "La España plural" de Planeta en la que se han publicado tres libros: *Ignacio Merino, "Serrano Súñer. Historia de una conducta"*, *César Vidal, "La guerra de Franco"* y *Francisco Umbral, "Los cuadernos de Luis Vives"*, Barcelona, Planeta, 1996.

En efecto, para los editores españoles suele constituir un propósito bienintencionado pero, según parece, inalcanzable llegar

a disponer de colecciones de "alta divulgación". Entiéndese por ella la que estaría destinada al gran público y al mismo tiempo sería dotada de los elementos de rigor que permitirían tomarse en serio el contenido de los libros. En Historia la "alta divulgación" constituye un propósito todavía más ansiado en parte porque el historiador profesional puede tender hacia un lenguaje en exceso sofisticado pero más aún

porque los potenciales lectores son muy numerosos.

Existía una cierta esperanza de que en "La España plural" Planeta intentara en serio alcanzar este ideal de la alta divulgación pues no en vano ha cambiado su equipo directivo y, además, en tiempos recientes ha publicado el voluminoso libro sobre el fascismo de Stanley Payne que puede considerarse como un buen ejemplo de lo que debe entenderse por alta divulgación. Pero ahora nos obsequia con una serie de biografías de Reyes de España y con la colección "La España plural" que, aparte de estar muy bien editados, carecen de interés para un lector con un mínimo de exigencia.

En "La España plural" ha aparecido un breve tomito de memorias de Francisco Umbral. Es, sin duda y con mucho, lo mejor de la colección. Ese género de evocación autobiográfica, que Umbral siempre ha cultivado de forma excelente, adquiere en estas páginas un tono trágico a menudo y sirve para captar en toda su plenitud la pasión literaria de su autor. Sin embargo se tiene la sensación de que este seguro éxito se suma a la colección para potenciarla y valorarla. El lector, en realidad, encontrará sobradas pruebas de contraste entre esas calidades y los otros volúmenes aparecidos hasta el momento.

César Vidal ha escrito algunos libros interesantes sobre el Holocausto que podrían enmarcarse en esa "alta divulgación" que ya ha sido citada.

Las últimas cosas que han salido de su mano son, en cambio, flojas. No tiene sentido que una persona que pretende ser historiador profesional haga divulgación sobre algo que no ha investigado por sí mismo. Su "Guerra de Franco" utiliza, al menos, la bibliografía existente y hace una narración de los acontecimientos que ni es megalómana ni tiene graves errores. Pero se trata de un libro de cuya lectura se puede prescindir sin ningún riesgo.

El caso de la enésima biografía de Serrano Súñer, obra de un Ignacio Merino que con ella inicia su carrera literaria, resulta más grave. Obseso por su autobiografía, Serrano Súñer no sólo ha escrito dos libros de memorias, brillantes y bastante mendaces, sino que además cada pocos años promueve un nuevo libro, de dudosisimo valor, sobre su persona. De los publicados éste es, con mucho, el más flojo. En otros casos, como el de Heleno Saña, al menos se podían citar las interpretaciones cambiantes del exministro de Franco porque aparecían literalmente transcritas.

Aquí, en cambio, no hay más que una glosa de la reconstrucción que el "ainadísimo" lleva haciendo más de medio siglo de su propia vida. Lo que mide el valor objetivo de Serrano como persona es esta obsesión, fruto de su arrepentimiento. Pero no hay derecho a ocupar estantería a base de reeditar frustraciones que carecen de un mínimo de solvencia histórica y a las que le sobran toneladas de melosidad gratuita.

Es una lástima que Planeta haya recaído en su pecado de siempre. Me parece que a estas alturas se dan ya las condiciones para que pueda esperarse de una colección de "alta divulgación" un resultado interesante desde el punto de vista económico. Pero ni siquiera lo conseguirán estos libros cuya valía histórica se coloca por debajo del límite de lo permisible.

Algo parecido se puede decir del libro de *Abel Hernández (editor) "Adolfo Suárez. Fue posible la concordia", Madrid. Espasa Calpe, 1995.* Se trata de un texto muy bienintencionado y no carente de méritos objetivos pero que, aunque sólo sea sobre la materia que trata, está muy por debajo de lo que debería ser el nivel de exigencia a intentar. En efecto, la misión de un crítico suele ser determinar si un libro es bueno o malo pero, en ocasiones, lo tiene más difícil. Hay, por ejemplo, casos en los que debe decir de un libro que no merezca una u otra calificación sino que no debería haber sido escrito y otros en los que el libro, en sí mismo, no es muy bueno pero es preciso

congratularse de su existencia porque no existe otra información sobre una cuestión importante que la requiere.

El caso del libro que Espasa Calpe acaba de publicar acerca de Adolfo Suárez es tan peculiar como los dos últimos ejemplos citados. Se trata, en definitiva, de la constatación de que, de momento, un libro de Suárez acerca de su propia trayectoria política es imposible y de que si existiera cualquier editor estaría apasionadamente interesado por él. Como esta imposibilidad —a mi modo de ver, injustificada— existe, se recurre al sucedáneo que tiene el doble inconveniente de no poder satisfacer al lector exigente ni tampoco a la imagen histórica real del ex-presidente. Incluso podría añadirse que tampoco deja bien parada a la propia editorial. Este libro, en efecto, por su título, da la sensación de estar inspirado por el propio Suárez, pero su prólogo, que es lo único escrito por él mismo, desde las primeras líneas lo desmiente.

En realidad en lo que consiste el libro es en una recopilación de los discursos, artículos e intervenciones públicas del político centrista enhebrados en una biografía del personaje redactada por el periodista Abel Hernández. Se trata sin duda de una tarea realizada con aseo y, en general, con discreción. Hernández ha estado bastante cerca de Suárez durante gran parte de su vida política y puede contar anécdotas sobre algunas conversaciones o actitudes en determinados momentos. Cae, sin embargo,

también en algunas afirmaciones tan sorprendentes como rebatibles. Si en otro libro aseguró que Suárez fue presionado por un militar armado en una conversación celebrada en Moncloa (cosa que ahora desmiente) ahora afirma que Miguel Herrero de Miñón cobró por contribuir a la redacción de la Constitución, afirmación para la que no aduce prueba alguna. Sin embargo la mayor parte de su texto es, como ya se ha indicado, correcto.

Pero, por desgracia, no pasa de tal. En realidad lo que verdaderamente aporta el libro desde el punto de vista no ya de un historiador especializado sino del lector medianamente informado es poco, muy poco. La línea argumental utiliza fuentes ya conocidas entre las que da una importancia muy destacada a la entrevista por televisión de la que fue objeto el expresidente con ocasión del vigésimo aniversario del comienzo de la transición, sus diversas declaraciones o la bibliografía existente. En esta última, sin embargo, aparecen lagunas importantes que podrían haber sido objeto de cita. Resulta curioso que el libro tiene más interés en la porción que trata del Suárez posterior a 1982, es decir aquel que tuvo menor relevancia política. Sobre la etapa primera de su presidencia, aquella en la que resultó protagonista esencial de la transición, son escasísimas las novedades.

En cuanto a la lectura de las intervenciones de Suárez ofrecen una trayectoria política que, por sí misma, revela el interés del personaje. En los momentos en que se inició su declive político apareció una malintencionada biografía suya que es, sin embargo, la única hasta este libro. Releída en la actualidad resulta abrumadora la evidencia de su desenfoque. Hoy parece indisputable que Suárez tenía una idea clara del objetivo final de la transición que guió con mano sabia y liberal. Si tuvo carencias, como la compartida con muchos otros de no ser capaz de construir un partido

político, no puede dudarse que fue sometido a una persecución tenaz e injusta por parte de una oposición política y periodística que veía en él nada más que una caricatura de lo que era. Hoy, en que toda esa inquina ha desaparecido ya, se ha convertido en urgente que escriba unas memorias a la altura de lo que fue su pasado o contar con una biografía profesional relativa al conjunto de su trayectoria.

De género todavía más ínfimo es otro libro aparecido en fechas recientes acerca de este personaje decisivo de nuestro pasado inmediato. Se trata de *Javier González de Vega, "A la sombra de Adolfo Suárez"*, Barcelona, Plaza y Janes, 1996, en donde encontramos el diario de quien desempeñó el puesto de Jefe de Protocolo del expresidente. El interés de un libro como este es mínimo por la propia insignificancia de su autor. Lo curioso del caso es que a pesar de ello en algún momento se transparenta una noticia mínima acerca de la situación política que llega a tener trascendencia. Algo muy significativo es, por ejemplo, cómo Suárez fue preparando ante visitantes extranjeros la noticia de su decisión de legalizar por sorpresa al Partido Comunista. Pero lo que resulta obviamente imprescindible a estas alturas es contar con un libro de memorias de Suárez redactado por él mismo.

La Historia científica

El tipo de libros que venimos reseñando suele resultar muy efímero. Hay otro que puede ser considerado como menos atractivo para el gran público pero que es de mucha mayor calidad y permanencia. De entre los libros recientes sobre Historia contemporánea sin duda merece la pena citar el de *María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz "Historia del periodismo en España, 3. El siglo XX: 1898-1936"*, Madrid, Alianza Editorial, 1996. Se trata de una Historia del periodismo español en varios volúmenes que llega ahora a su período clave y ofrece una panorámica a la vez erudita, amena e integrada en el conjunto de la Historia española.

Hasta hace muy poco tiempo la única Historia del periodismo español a la que era posible acudir, con más de veinte años sobre sus espaldas, se caracterizaba por un acercamiento tan sólo muy leve a la probidad profesional. Su autor, un viejo periodista relacionado con los medios clericales que el régimen de Franco empleó en

ocasiones para aquel género de polémicas en las que era habitual el abrumador ataque con toda la fuerza del aparato del Estado en contra de quien no podía defenderse, no tenía la pretensión de ser imparcial, carecía de conocimientos suficientes acerca del entorno histórico y, en fin, disponía tan sólo de un conocimiento a menudo indirecto de los propios periódicos españoles. De ahí que cuando apareció el primer volumen de la "Historia del periodismo en España" de María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz fuera recibida con alivio. Suponía, en definitiva, el ingreso de esta rama temática en la ciencia. Sin embargo la tarea parecía muy complicada, en especial a medida que nos adentrábamos en el tiempo. Abarcar la totalidad del periodismo español parecía factible en el caso del siglo XVIII e incluso del XIX. Para el XX resultaba mucho más dudoso. El largo plazo abierto entre el tomo anterior de esta Historia y el que ahora ha aparecido —nada menos que trece años— inducía a la duda acerca de que la tarea planeada pudiera algún día convertirse en una realidad.

Ahora que el libro ha aparecido hay que decir que se han cumplido con creces los planes de conjunto de esta obra y el libro resultante es un ejemplo de trabajo y de buen hacer. Las autoras han utilizado una copiosísima bibliografía que se ha ido acumulando con el trascurso del tiempo y lo han hecho con tal voluntad exhaustiva que es poquísimo lo que ha quedado al margen de sus notas a

pie de página o de su apéndice. Pero han hecho todavía más. Aunque existan ya muchos libros sobre el periodismo español del comienzo del siglo XX, todavía son más abundantes las lagunas. Hubiera sido aceptable levantar acta de su existencia y dejar para el futuro el poder ampliar los conocimientos acerca de ellas pero Seoane y Sáiz han optado por la tarea mucho más enojosa y larga que consiste en hacer parcial investigación monográfica cuando no había otro remedio. Lo han hecho en ocasiones no sólo con recurso a la detenida lectura de los periódicos sino incluso también a las fuentes de archivo.

Como es natural el resultado no es homogéneo. Hay diarios cuya trayectoria real u oficial nos resulta bastante conocida ("ABC", "El Sol", "El Debate"...) y otros que lo son infinitamente menos como es el caso de "La Vanguardia". Como es lógico aquellos cuya trayectoria fue interrumpida bruscamente por el estallido de la guerra civil, como "Heraldo de Madrid", son los más desconocidos sin que se pueda imaginar cómo con el transcurso del tiempo puede ser llenada esta laguna. Pero la lectura de este libro proporciona un gigantesco fresco acerca de una actividad esencial de la vida cultural española en una de sus épocas de mayor esplendor. No es un libro brillante y a muchos les resultará en exceso erudito. Pero va a ser un elemento de referencia decisivo y un asidero al que acudir como elemento de consulta imprescindible en caso de duda.

La etapa cubierta por las autoras es extensa, rica y muy significativa en la Historia de la prensa española. Presencia, en definitiva, la sustitución del periódico defensor de intereses de partido por el periódico de información y de formación de opinión pública en manos de una empresa que vive en exclusiva de esta doble misión. Los diarios que contemplaron la ampliación de su número de páginas y la

modernización de los procedimientos de impresión, crecieron también en número y circulación hasta unas cotas que proporcionalmente apenas si tienen que envidiar a la situación de hace unos pocos años. La prensa de la época es un punto de referencia para el presente no sólo porque entonces, como ahora, los formadores de opinión fueran en gran medida esos "aristócratas en la plazuela" que decía Ortega, sino porque incluso es posible encontrar antecedentes de la ilustración gráfica de la actualidad en los Bagaría de otros tiempos. Nada se entiende de la cultura española de la Edad de Plata sin la prensa. Y las autoras hacen bien en recordar con una especie de desgarrada nostalgia la desaparición de este mundo al final de la guerra civil. De los 18 diarios de Madrid tan sólo 3 pudieron seguir en 1939 y aun estos con directores impuestos. El mundo liberal que había alimentado la existencia de esta prensa era el testimonio de una España que pudo ser y que, al demostrarse imposible, dejó un lastre que vivimos durante décadas.

Documentos y memorias

A la Historia convertida en narración científica podemos sumar también todo aquello que quizá pueda ser denominado como base para construirla. Bajo este epígrafe agruparemos tres libros de valía variada que no son Historia —con la excepción de uno de ellos— pero que ayudan a comprenderla.

Sobre el fundador de falange con ocasión del sesenta aniversario de su muerte se han publicado dos libros, *Miguel Primo de Rivera, "Papeles postumos de José Antonio"*, Barcelona, Plaza y Janes, 1996, y *Julio Gil Pecharrmán, "José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario"*, Madrid, Temas de hoy, 1996, de muy diversa factura. Sólo el segundo puede ser considerado como un libro de Historia —una biografía— de todos los merecimientos. La irremediable propensión a la conmemoración que suele caracterizar a nuestra producción editorial ha hecho aparecer al mismo tiempo dos libros, muy diferentes de factura, relativos a José Antonio Primo de Rivera. Este personaje resulta a estas alturas mucho más un símbolo de la tragedia de los años treinta que el único culpable, en la visión de algunos, o el mito digno de exaltación de otros tiempos.

El libro de Miguel Primo de Rivera contiene alguna documentación inédita procedente de la incautación de los papeles del fundador de Falange en la cárcel de Alicante, transmitida a través de la herencia de Indalecio Prieto. Aunque el autor no tiene pretensiones de historiador, la edición contiene una selección de textos cuidada y una breve biografía del personaje en la que se comete el error, a estas alturas incluso anacrónico, de considerarle lejano al fascismo. Otros rasgos de José Antonio — patriotismo, timidez, cierta preocupación intelectual...— están mejor evocados.

En realidad buena parte de los textos que en este libro se presentan como inéditos no lo son porque en su día fueron publicados por el propio Prieto o, mucho más recientemente, han aparecido en una revista de extrema derecha. Sin embargo completan el panorama hasta ahora conocido de las últimas semanas de la vida del dirigente falangista. Su contenido explica que se haya tardado más de medio siglo en llegar a su publicación, pues testimonian en su conjunto una actitud más que reticente respecto de la sublevación de julio de 1936. El juicio de que estaba liderada por "un grupo de generales de honrada intención pero de desoladora mediocridad política" y que iba a suponer "la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna" hubiera sido suscrito, en esos precisos términos, por un Azaña o un Prieto y, desde el punto de vista histórico, parece corresponder a la realidad. Se explica, por tanto, que en el momento decisivo, ante la seguridad de la muerte y el espectáculo el derramamiento

de sangre, Primo de Rivera pensara en la necesidad de un gobierno de centro y una mediación. Ya era, sin embargo, demasiado tarde y, por descontado, Primo de Rivera se cuenta entre los culpables de la violencia prebélica que tuvo tan funestos resultados. Lo que llama más la atención es, sin embargo, que juzgara que el movimiento se hizo "cuidando especialmente de que no lo conociera y ordenando las cosas en forma para que yo no pudiera intervenir en él" porque tenían sus "manías revolucionarias sindicalistas". Eso denota megalomanía pero revela también una radical diferencia de talante respecto de Franco.

En cuanto al libro de Julio Gil Pecharrmán tiene unas características muy distintas. Se trata de un concienzudo trabajo de un profesor universitario que apenas si tiene novedades en cuanto a fuentes inéditas y que aquellas con las que cuenta son de pequeña trascendencia sin que aporten una novedad esencial sobre la trayectoria biográfica del personaje. En condiciones normales un libro elaborado con esas únicas fuentes, sin la aportación de más noticias originales, debería ser considerado como intrascendente a no ser que hubiera intentado una interpretación muy alejada de lo habitual.

Sin embargo se ha de tener en cuenta que el caso de José Antonio resulta un tanto excepcional en la Historia de la España del siglo XX. Su vida fue corta y, aunque

durante ella estuvo en el punto de mira de la prensa, al principio como hijo del dictador y luego como dirigente de un partido, tampoco se puede decir que corresponda a una trayectoria cerrada o un proyecto vital cumplido sino que se explica más bien como un conjunto de reacciones ante los acontecimientos y un truncamiento final. Pero ha dejado numerosos rastros no sólo en los periódicos de la época sino en la evocación mitificadora posterior. No hubo en el régimen pasado personaje falangista de importancia que no escribiera sobre el líder desaparecido y también lo hicieron muchos de los de segunda fila. Era necesario depurar lo que de verdadero y de falso, de importante y banal hay en esa información, con criterio de historiador tal y como en este libro se ha llevado a cabo.

A partir de una minuciosa localización de estos testimonios y de una elaboración muy profesional, lejos del partidismo favorable de anteaer y del peyorativo de hace menos tiempo, Gil Pecharromán consigue una biografía muy equilibrada que es difícil que pueda ser mejorada no sólo porque no deben existir más fuentes sino porque es muy posible que tampoco haya en el futuro alicientes para una nueva reconstrucción, al desaparecer el carácter polémico del personaje.

Gil Pecharromán actúa siempre con criterio de historiador, pero quizá hubiera sido bueno intentar una evocación un poco más literaria y psicológica del personaje, por encima de los acontecimientos,

con todas sus contradicciones y su relación con el tiempo que le tocó vivir. No creo que el calificativo "visionario" sea el más apropiado para él. Lo característico de Primo de Rivera fue hasta qué punto su vida fue el producto de las circunstancias que le tocaron vivir.

Sin duda mucho mayor trascendencia reviste el libro de *Vicente Enrique y Tarancón, "Confesiones", Madrid, PPC, 1996*, que ha producido un profundo revuelo que sería deseable que durara y no se desvaneciera en tan sólo unas semanas. Las memorias del cardenal Tarancón pueden, quizá, retraer al lector interesado en este género literario por su desmesurada extensión (casi mil páginas) y por el hecho de que se trata de un libro con materiales en distinto grado de elaboración, con inevitables repeticiones y extensas lagunas. Tras una primera parte muy extensa dedicada a la época en que el autor fue obispo de Solsona apenas si trata de los años que pasó en Oviedo para acabar centrándose en el período desde 1969 a 1975, tan interesante desde el punto de vista eclesiástico y también político. La misma perspectiva del escritor varía con el transcurso del tiempo, pues si en ocasiones narra muy desde el presente en otras evoca un pasado que ya parece considerar remoto.

Pero lo que convierte a estas memorias en excepcionales es el invariable talante con que se escriben. El cardenal hizo a lo largo de su vida lo que sería exigible en cualquier hombre público de importancia: tomar nota de sus conversaciones que, por lo tanto, pudo luego narrar de una forma minuciosa. Sin embargo todavía es más infrecuente que quien esté dispuesto a ese trabajo cotidiano luego lo plasme en la redacción definitiva haciendo gala de una

sinceridad absoluta. A veces se toma por esta la capacidad para maltratar a los otros. En este caso hay, por el contrario, una decidida voluntad de comprender a la inmensa mayoría sobre todo en la jerarquía eclesiástica, pero también en la política. Y no falta el reconocimiento de los propios errores, basados más que en actitudes de cobardía o de imprudencia, como él mismo dice, en la evidencia de un carácter fuerte, aun moderado por una evidente bondad y una preocupación abrumadora por lo estrictamente pastoral.

En el prólogo de estas memorias Tarancón se revuelve contra su propio mito que a lo largo de las páginas se demuestra, en efecto, inconsistente. No tenía nada de clérigo dedicado a la pequeña conspiración pseudopolítica, ni era dominado por nadie, ni tampoco era un peligroso progresista empeñado en derribar el régimen. Llama la atención que Franco es, para él, casi siempre, el Caudillo y para describir su régimen no suele emplear el término "dictadura". La línea Tarancón estuvo muy lejana del sector más politizado hacia la izquierda del clero español de la época. Protagonista fundamental de estas memorias es la división de la Iglesia española después del Concilio Vaticano II. Contemplando el conjunto de su posición durante estos años no cabe la menor duda de que Tarancón no se equivocó en nada esencial. Supo liderar un cambio que si también tuvo contraindicaciones no fueron su culpa. Como consecuencia se

produjeron indudables desgarros que para él, un hombre esencialmente bueno, pudieron convertirse en heridas profundas. "Mi sufrimiento ha llegado al límite", asegura en una ocasión y los términos "pesadilla" o "alucinación" son también frecuentes.

El corto espacio de una reseña no permite glosar detenidamente el contenido de un libro tan extenso como este pero sí, en cambio, ofrecer una panorámica de quiénes son los principales protagonistas. Tarancón es siempre muy comprensivo para los miembros del episcopado — Casimiro Morcillo, Marcelo González...— que, por adoptar una postura más tradicionalista, no compartieron muchos de sus criterios. Otros ni siquiera son citados por su nombre y quizá el único obispo que merece repudio por la acusación de doblez es Guerra Campos. En la línea más contraria a lo que él significó en la Iglesia española Tarancón alinea a la Hermandad Sacerdotal y al Opus Dei por igual, de un modo

que habrá que ver si no es respondido por esta última asociación. Las figuras más contestatarias de la Iglesia de entonces —Iniesta, Añoveros...— son tratadas con afecto pero también con distancia respecto a los métodos y a las posturas.

Respecto del Vaticano una revelación de estas memorias es que Tarancón no dejó en ocasiones de tener problemas con alguna de sus jerarquías. Si hubo una sintonía casi absoluta con el papa Pablo VI —con la excepción del contenido de su último intento de lograr el indulto de las penas de muerte de 1975— en cambio con los responsables diplomáticos existieron a menudo discrepancias nacidas de su deseo de aceptar un concordato antes de la muerte de Franco. Respecto de los políticos españoles hay en el Tarancón de estas memorias mucha comprensión respecto a los buenos cristianos y muy tradicionalistas (como Oriol), dura reticencia en relación a ese género de derecha anticlerical característica de entonces (Cortina), profunda desconfianza sobre la actuación de los miembros del Opus Dei (López Rodó y López Bravo) y, en fin, identidad profunda con los más centristas y moderados (Cabanillas, Oreja...). Franco no aparece como figura de primer plano pero dos revelaciones importantes sobre él —su papel muy beligerante en el caso Añoveros y su petición de perdón al papa por no haber indultado en 1975— dan un ejemplo de interés de estas memorias. Uno desearía que

otros personajes de la España reciente —Suárez y González, por ejemplo— acabaran escribiendo libros parecidos a este en minuciosidad informativa y despego de los acontecimientos.

Ensayo y polémica

Quizá se pueda concluir nuestra sección con una breve alusión a dos libros más con los que volvemos a géneros más ligeros.

El libro de *Santiago Carrillo, "Juez y parte. 15 retratos españoles", Barcelona, Plaza y Janes, 1996*, no es propiamente de Historia pero sí de ensayo histórico. Entre los políticos españoles en situación de jubilación Santiago Carrillo ha sabido relegarse a un género de dedicaciones que merecen alabanza. No pretende —tampoco puede— actuar en la vida partidista pero muy a menudo hace indicaciones de carácter político general, transmitiendo una experiencia que podría haber quedado hibernada sin utilidad para nadie. Vista la facilidad con que en tiempos recientes se calientan las cabezas y, más aún, las lenguas sería bueno, sin duda, que la experiencia de quienes hicieron la transición estuviera más presente en nuestro quehacer cotidiano. Pero, además, Carrillo escribe. Sus memorias resultarán más o menos discutibles pero no cabe la menor duda de que eran una obligación, que ya ha cumplido. El ex-secretario general del PCE tiene tras de sí un caudal muy rico en experiencias, como es lógico en el último superviviente de la Tercera

Internacional. Esos antecedentes le permiten no sólo narrar la trayectoria propia sino dar interpretaciones agudas sobre las ajenas.

Algunos políticos laboristas británicos, como Denis Healey y Roy Jenkins, han intentado también retratos políticos de personajes del pasado más o menos remoto con resultados dignos de elogio. Carrillo admite

que su punto de vista puede estar sesgado y eso se aprecia en varios de los perfiles de los personajes abordados. La visión de Franco es muy simple y la de Dolores Ibarruri peca de lo mismo con menor justificación. No resulta en absoluto justificable la opinión sobre Don Juan a quien Carrillo no parece siquiera haber hecho el esfuerzo de entender, quizá por influencia del editor de la colección, Rafael Borrás.

Pero la mayoría de las evocaciones demuestran que siempre son aprovechables los juicios de quienes escriben desde la sabiduría en la política práctica. Los retratos de Carrillo están entreverados de experiencias propias con los protagonistas y, sobre todo, de conciencia de que la vida pública provoca en determinadas ocasiones circunstancias en las que el papel de lo individual puede ser decisivo. Es toda una paradoja que este tipo de análisis —que a mí me parece por completo válido— en otro tiempo pudiera ser considerado poco menos que como una herejía de leso antimarxismo. Pero ésas son cuestiones de otro tiempo. Lo que importa es que el libro de Carrillo resulta de muy grata lectura y que si lo será para cualquier lector también el especializado encontrará en sus páginas motivos para leer con gusto apreciaciones inteligentes.

Los tres personajes que resultan mejor descritos son quizá Negrín, Tierno y Suárez. Del primero resulta convincente Carrillo cuando señala su autonomía

respecto de los comunistas. La complejidad del "viejo profesor", tantas veces descrita por quienes convivieron con él, está muy bien matizada. En cuanto a Suárez llama la atención no tanto el mutuo afecto entre retratista y retratado como lo bien que interioriza el primero las razones del segundo. Paradójicamente si en Carrillo predomina la admiración respecto del expresidente centrista, tratando de González parece mucho más evidente una melancólica decepción.

Quizá lo más sorprendente en esta colección de protagonistas de la vida pública resulte lo que se dice de Semprún y de D. Juan Carlos. Es curioso que el escritor y exministro queda mejor en los textos de Carrillo que cuando los juicios se emiten en sentido inverso. Y no lo es menos que un exdirigente comunista haya sido capaz de ver en el Rey no sólo algo difícil de captar a primera vista —la sumisión, por sentido de profesionalidad y obligación, a un modo de vida peculiarísimo y agobiante— sino también, en la personalidad misma, una bondad con un punto de ingenuidad que no siempre llega a apreciarse por el observador.

En *Jesús Ynfante, "Opus Dei. Así en la Tierra como el cielo"*, Barcelona, Grijalbo, 1996, encontramos un género literario que tiene larga tradición en España y en otras latitudes. Se trata de un escrito de combate y de valía más que dudosa pero que tendrá un componente polémico.

Cuando por vez primera fue publicado este libro corrían tiempos muy distintos de los actuales. Era la época, a partir de finales de los sesenta, en que los ministros a los que se atribuía —con razón o sin ella— la pertenencia al Opus Dei parecían desempeñar un papel creciente en la política española. El libro se hizo famoso, más que nada, por una lista de miembros de la asociación que aparecía como apéndice y contenía no pocos errores pero intentaba descubrir su supuesta penetración capilar en la clase dirigente española.

La nueva edición es más extensa y tiene una redacción enteramente distinta. El autor pretende que en el momento actual, con el acceso del Partido Popular al gobierno, se reproduce una situación parecida a la de hace una treintena de años. Es éste un argumento que han esbozado algunos profesionales de la política como, por ejemplo, Alfonso Guerra. Parece un tanto tomado por los pelos porque afortunadamente la situación política es muy distinta. A fin de

cuentas ¿en qué cambia de un modo esencial la interpretación de la política democrática española por el hecho de que una parte —por otro lado no tan nítida— de la derecha pertenezca a una asociación religiosa?

Lo que, en cambio, no ha experimentado modificación alguna es el tono en que escribe Ynfante. El libelo, según el diccionario, es un escrito generalmente breve infamatorio de cosas o personas. Si se quiere decir de otra manera más neutra el libelo pretende no tanto comprender o estudiar una cuestión como tomar partido en tono airado con respecto a ella. El gusto por el libelo es toda una tradición literaria. Cuando quienes figuran como destinatarios del mismo están muy altos y protegidos el libelo puede tener un resultado purificador. Pero, como es lógico, dado su carácter de escrito de combate, el libelo no puede pretender ser la reconstrucción de la Verdad.

Es esto lo que le sucede a este libro que, por otro lado, está lleno de datos concretos. Cada uno de ellos puede resultar más o menos discutible pero lo que importa en una reseña crítica es que el tono general del libro resulta por completo inadecuado. La interpretación de Ynfante se construye en gran medida a partir de las opiniones de personas que un día fueron miembros del Opus Dei pero ya no lo son. Una mínima voluntad de querer descubrir hasta qué punto tienen o no razón hubiera sido

exigible en quien quisiera escribir un libro serio sobre una cuestión que ha sido y es discutida en el propio mundo católico. Abundan las minucias intrascendentes a las que se presta un exceso de atención. Y, ante todo, sobra por todas partes la mala intención que constituye el eje interpretativo de cualquier cuestión. En cambio falta por completo una alusión, siquiera fuera mínima, a algo que debiera ser esencial para comprender el Opus Dei, es decir un enfoque religioso.

De ahí que el libro falle estrepitosamente. Es incomprendible que un cura enfermo y medio loco, según la interpretación del autor, haya movilizado a miles de seguidores para cualquier propósito. Menos aún cuando esos fines ni siquiera parecen claros. El Opus Dei viene a ser, de acuerdo con Ynfante, un retorno a las Cruzadas (?), una estructura de intereses económicos y una sociedad secreta guiada por motivos políticos pero que se demuestran contradictorios. Si a menudo ciertos libros de personas cercanas al Opus Dei resultan insatisfactorios, éste, escrito por un adversario, todavía lo es mucho más.